

# Emir Rodríguez Monegal

Jorge Arias

En 1956 comencé a trabajar en *Marcha* a raíz de un concurso de ensayos sobre un tema político. Escribí reseñas de libros bajo la dirección del jefe de la página literaria, Emir Rodríguez Monegal, que había reemplazado desde 1945 a Juan Carlos Onetti.

Rodríguez Monegal, sin embargo, no cubría toda la actividad crítica en materia literaria. Tenía extensos conocimientos de las literaturas inglesa y francesa, en ensayos, novela y teatro; no recuerdo que haya realizado crítica de poesía, que estuvo a cargo de Idea Vilariño.

Rodríguez Monegal (nunca lo llamé “Emir” y no lo haré ahora) admiraba a Borges, por aquella época apenas conocido, no sólo en el Uruguay sino aún en la Argentina; por un reducido número de intelectuales que disfrutaba de su agudeza crítica, su sencillo y diestro empleo del idioma español, el inteligente y británico humor. Si Rodríguez Monegal no lo imitaba, aspiraba a distinguirse por las mismas cualidades. Dos palabras, que dicen mucho por separado y más juntas, frecuentaban sus textos y definían el propósito de su crítica: “lúcido” y “atento”. Agrego las cualidades, también propias de Borges, de claro, legible y, si es posible, hermoso. Por supuesto, yo trataba de escribir en un estilo similar.

Rodríguez Monegal tenía un gran sentido de la actualidad literaria, que en aquella época fue impulsada por la actividad de intelectuales españoles que, huyendo del franquismo, fundaron en Buenos Aires editoriales renovadoras, como Sudamericana, Emecé y Losada. Por supuesto, me hacía feliz, como autor de las reseñas, apropiarme sin costo de libros que renovaban la cultura rioplatense de la época.

Rodríguez Monegal, de trato formal y urbano, apoyó con firmeza y espíritu crítico mis recensiones, que sólo corrigió una vez para agregarme, razonablemente, un comentario sobre *Kean*, obra teatral de Jean Paul Sartre incluida en una edición de varias de sus obras por la editorial Losada, pieza



que yo había omitido reseñar por distracción o pereza. No fue solo Sartre: me encargó comentar libros de autores de primera línea, como Jules Romains, premio Nobel de Literatura y escritores que asomaban en el horizonte literario de aquella época, como Albert Camus y George Orwell.

Rodríguez Monegal dio cuenta de la muerte de Valéry Larbaud (1957) en un suelto donde lo calificaba, con razón, de “cosmopolita” y “dandy”. Yo había leído *Enfantines* de Larbaud y me había entusiasmado el cuento “Le couperet”; llamé por teléfono a Rodríguez Monegal y le dije que Larbaud era algo más y mejor de lo que él había escrito. Tomó mi llamada con su perpetua urbanidad y, sin replicar, me sugirió que escribiera algo sobre Larbaud, para lo que no me sentí capaz.

La última vez que lo vi fue en el enorme café Catedral situado en la esquina de Ituzaingó y Rincón. Nos habíamos encontrado en *Marcha*, estaban con él Onetti y Benedetti; alguien sugirió seguir la charla en el café, Rodríguez Monegal me incluyó en la invitación. Recuerdo de esa charla, a la que asistí en reverente silencio, que Onetti atacó ásperamente a Borges: era pura provocación, dada la notoria amistad de Rodríguez Monegal con Borges. Mi jefe de página, como solía hacer, ignoró la provocación.

Años más tarde abandoné mi cargo para dedicarme al estudio del Derecho, pero seguí leyendo *Marcha*, lectura obligatoria, en aquella época, para quien quiera se interesare seriamente en la literatura. Una prueba de la seriedad de Rodríguez Monegal y de su ácido sentido del humor aconteció después, cuando, en un conato de polémica con Carlos Maggi, que lo llamaba “Emir Rodríguez”, Rodríguez Monegal, al ver que el disenso abandonaba las alturas de la crítica lúcida y atenta para deslizarse al nivel de una charla de café, dejó en *Marcha*, para entregar a Maggi, un vale por un café en el Sorocabana.

A fines de 1984 publiqué, en tres números sucesivos del quincenario *Asamblea*, cuya página cultural estaba a mi cargo, un comentario, hartamente crítico, del libro *Las máscaras democráticas del modernismo* de Ángel Rama.

Mi comentario entusiasmó a Fernando Pereda, muy distanciado de Rama, quien hizo varias fotocopias y le llevó un ejemplar a Rodríguez Monegal, que, próximo a su muerte, estaba en Montevideo.

Según Pereda, cuando Rodríguez Monegal, muy distanciado también de Rama, recibió la fotocopia, le dijo: “Ya lo estoy disfrutando”.